cion de esta expedicion hasta 1.° de Julio de 1864. Esta suma causará interés á razon de un 3 por 100 anual.

»Del 1.° de Julio en adelante, los gastos todos del ejército mejicano quedan á cargo de Méjico.

»Art. 10. La indemnizacion que debe pagar á la Francia el Gobierno mejicano por sueldo, alimento y manutencion de las tropas del cuerpo de ejército, á contar del 1.° de Julio de 1864, queda fijada en la suma de 1.000 francos anuales por plaza.

»Art. 11. El Gobierno mejicano entregará inmediatamente al Gobierno francés la suma de 66 millones en títulos del empréstito, al precio de emision, á saber: 54 millones en deduccion de la deuda mencionada en el artículo 9.°; y 12 millones en abono de las indemnizaciones debidas á franceses, en virtud del art. 14 de la presente convencion.

»Art. 12. Para el pago del exceso de los gastos de guerra y para el cumplimiento de los cargos mencionados en los artículos 7, 10 y 14, el Gobierno mejicano se obliga á pagar anualmente á la Francia la suma de 25 millones en numerario. Esta suma será abonada: primero, á las sumas debidas en virtud de los expresados artículos 7 y 10; segundo, al monto en interés y capital de la suma señalada en el artículo 9.°; tercero, á las indemnizaciones que resulten debidas á súbditos franceses en virtud de los artículos 14 y siguientes.

»Art. 13. El Gobierno mejicano entregará el último dia de cada mes en Méjico, en manos del pagador general del ejército, lo debido á cubrir los gastos de las tropas francesas que hayan quedado en Méjico, con arreglo al artículo 10.

»Art. 14. El Gobierno mejicano se obliga á indemnizar á los súbditos franceses, de los perjuicios que indebidamente hayan resentido y que motivaron la expedicion.

»Art. 15. Una comision mixta, compuesta de tres franceses y de tres mejicanos, nombrados por sus respectivos Gobiernos, se reunirá en Méjico dentro de tres meses, para examinar y arreglar esas reclamaciones.

»Art. 16. Una comision de revision compuesta de dos franceses y de dos mejicanos, designados del mismo modo, establecida en París, procederá á la liquidacion definitiva de las reclamaciones admitidas ya por la comision en el artículo precedente, y resolverá respecto de aquellas cuya decision le haya sido reservada.

»Art. 17. El Gobierno francés pondrá en libertad á todos los prisioneros de guerra mejicanos, luego que el Emperador éntre en sus Estados.

»Art. 18. La presente convencion será ratificada, y las ratificaciones serán cambiadas lo mas pronto posible.

»Dada en el palacio de Miramar, el 10 de Abril de 1864. —*Firmado:—Herbet.—Joaquin Velázquez de Leon.*»

En esa misma fecha firmó S. M. los decretos relativos al oneroso empréstito que se hizo en París, y nombrando una comision de hacienda en dicha capital, cuya presidencia se confió al Sr. conde de Germiny, *senador del imperio francés*, en lugar de darla á un mejicano.

XI.

Llegada de los Emperadores á Veracruz.—Son recibidos friamente.-Por qué motivo.

El veintiocho de Mayo llegaron SS. MM. á Veracruz; fueron inmediatamente á bordo de la *Novara* el general Almonte, el Ayuntamiento y otros funcionarios públicos á felicitar á los Soberanos. La poblacion recibió tan friamente á SS. MM., que la Emperatriz se afectó hasta el punto de llorar.

Dominada aquella pequeña ciudad por comerciantes extranjeros, eran éstos enemigos del imperio, porque temian que con el nuevo Gobierno, cesara el desórden producido por

los frecuentes cambios políticos, que les proporcionaban hacer rápidamente sus fortunas. Muchos de los pronunciamientos, y principalmente los que tenian lugar en los puertos, no llevaban otro objeto mas que el de robar al país por medio de las aduanas: fué el más notable de éstos el de dos de Enero de 1832 en Veracruz, contra la ilustrada administracion del honradísimo general D. Anastasio Bustamante; pronunciamiento en que liquidaron cuentas los comerciantes, haciéndoseles grandes rebajas en las sumas atrasadas que debian á la aduana, por derechos que no les habia cobrado el Gobierno, porque tenia fondos sobrantes despues de cubiertas todas sus atenciones. Fué acaudillado por el general Santa-Anna, y tomó parte activa de la manera más descarada el Cónsul de S. M. B.

Proclama del Emperador.

En Veracruz dió el Emperador la proclama siguiente:

«¡Mejicanos!—Vosotros me habeis deseado! Vuestra noble nacion, por una mayoría espontánea, me ha designado para velar de hoy en adelante sobre vuestros destinos! Yo me entrego con alegría á este llamamiento. Por muy penoso que me haya sido decir adios para siempre á mi país natal y á los mios, lo he hecho ya, persuadido de que el Todopoderoso me ha señalado por medio de vosotros, la noble mision de consagrar toda mi fuerza y corazon á un pueblo que, fatigado de combates y de luchas desastrosas, desea sinceramente la paz y el bienestar; á un pueblo que, habiendo asegurado gloriosamente su independencia, quiere ahora gozar de los frutos de la civilizacion y del verdadero progreso. La confianza de que estamos animados vosotros y yo, será coronada de un brillante éxito si permanecemos siempre unidos para defender valerosamente los grandes principios, únicos fundamentos verdaderos y durables de los Estados modernos. Los principios de inviolable é inmutable justicia, de igualdad ante la ley; el camino abierto á cada uno para toda carrera y posicion social; la completa libertad personal bien comprendida, resumiendo en ella la proteccion del individuo y de la propiedad; el fomento á la riqueza nacional; las mejoras de la

agricultura, de la minería y de la industria; el establecimiento de vias de comunicacion para un comercio extenso, y en fin, el libre desarrollo de la inteligencia en todas sus relaciones con el interés público. Las bendiciones del cielo, y con ellas el progreso y la libertad, no nos faltarán seguramente, si todos los partidos, dejándose conducir por un Gobierno fuerte y leal, se unen para realizar el objeto que acabo de indicar, y si continuamos siempre animados del sentimiento religioso, por el cual nuestra bella patria se ha distinguido áun en los tiempos mas desgraciados.

»La bandera civilizadora de la Francia, elevada tan alto por su noble Emperador, á quien vosotros debeis el renacimiento del órden y la paz, representa los mismos principios. Esto es lo que os decia en el lenguaje sincero y desinteresado, hace pocos meses, el Jefe de sus tropas, como anuncio de una nueva era de felicidad. Todo país que ha querido tener un porvenir, ha llegado á ser fuerte siguiendo este camino. Unidos, Leales y Firmes, Dios nos dará la fuerza para alcanzar el grado de prosperidad que ambicionamos.

»¡Mejicanos! el porvenir de nuestro bello país está en vuestras manos. En cuanto á mí, os ofrezco una voluntad sincera, lealtad y una firme intencion para respetar vuestras leyes, y hacerlas respetar con una autoridad invariable. Dios y vuestra confianza constituyen mi fuerza; el pabellon de la independencia es mi símbolo; mi divisa, vosotros la conoceis ya: «Equidad en la justicia»; yo le seré fiel toda mi vida. Es de mi deber empuñar el cetro con conciencia, y con firmeza la espada del honor. Toca á la Emperatriz la tarea envidiable, de consagrar al país todos los nobles sentimientos de una virtud cristiana y toda la dulzura de una madre tierna. Unámonos para llegar al objeto comun; olvidemos las sombras pasadas; sepultemos el ódio de los partidos, y la aurora de la paz y de la felicidad merecida renacerá radiante sobre el nuevo imperio.»

Viaje de SS. MM. de Veracruz á la capital.—Entu-

De Veracruz salieron SS. MM. para Córdoba, que es la primera poblacion de importancia que se encuentra en el

siasmo de los pueblos.

camino, muy conocida por el excelente café que producen sus campos: su clima es, por consiguiente, muy cálido, y aunque situada á sesenta millas de Veracruz, ha habido muchos casos de vómito desde la llegada de la expedicion francesa, á causa de la continua comunicacion con Veracruz.

Del viaje de SS. MM. desde Córdoba hasta la capital, dice el Sr. Hidalgo: «La rotura del carruaje hizo que la entrada en Córdoba fuese á las dos de la madrugada, lo cual no impidió, sin embargo, que la poblacion entera estuviese en pié para ver pasar á SS. MM. bajo los numerosos arcos de triunfo que les habia levantado el vecindario, que con antorchas en las manos les aclamaba, cubriéndoles de flores, con el llanto en los ojos y la alegría en el corazon. Despues del *Te Deum*, recepcion de las autoridades y otras muestras de regocijo, siguieron SS. MM. para Orizava, dando testimonio de su alegría los pueblos que atravesaban, en donde aparecian millares de indios con arcos de flores, aclamando á sus nuevos Soberanos.

»Igual acogida encontraron en Orizava, cuya divisa es: «Benigno el clima, fértil el suelo, cómodo el sitio y leal el »pueblo.» Las autoridades y el vecindario salieron á recibir á SS. MM., y hubo discursos y entusiastas aclamaciones, llegando el entusiasmo hasta querer el pueblo desenganchar los caballos y tirar del coche de los Soberanos, quienes se opusieron enérgicamente, amenazando con bajarse y seguir á pié. El vecindario y numerosos alcaldes de indios con sus insignias seguian á SS. MM.: todas las señoras y caballeros de la ciudad les acompañaron constantemente, manifestando tanto júbilo, que los jóvenes Príncipes no sabian ya cómo agradecer. Despues visitaron los establecimientos públicos y asistieron á todas las fiestas que se les tenian preparadas, oyendo discursos de adhesion en lengua mejicana, tan admirables de sencillez y de ternura, que importa conocer traducido, siquiera uno, para apreciar los sentimientos de esa raza tan humilde y laboriosa, y tan maltratada en nombre de la libertad: «Nuestro honorable Emperador: Aquí

»tienes á estos pobrecillos indios, hijos tuyos, que han ve»nido á saludarte, y á que sepas que les alegra mucho el »corazon tu venida; porque en ella ven á manera de un arco »iris, que desbarata las nubes de discordia, que parece se »habian avecindado en nuestro reino. El Todopoderoso es el »que te manda; que Él te dé fuerza para que nos salves. »Aquí está esta flor: mira en ella una señal de nuestro amor: »te la dan tus hijos del pueblo del Naranjal.»

»Cuentan que en Orizava cuatro republicanos quisieron hacer acto de grosera hostilidad al Emperador, colocándose de manera que se notase que permanecian cubiertos. S. M. les miró y les saludó descubriéndose, y ellos, sin ser dueños de sí mismos, se descubrieron é inclinaron. Esto nos recuerda aquel jóven francés que en París no se descubrió ante Pío VII, quien le dijo: «Hijo mio, la bendicion de un an»ciano no hace mal»; el jóven se descubrió é inclinó.

»La poblacion de Orizava, con las autoridades á la cabeza, salió á acompañar á los Emperadores el dia que siguieron á Puebla, repitiéndose las demostraciones de adhesion y alegría. Como siempre, todos los pueblos del tránsito iban recibiendo á SS. MM. con entusiasmo y con arcos y flores. El cinco de Junio entraron en Puebla, cuya ciudad les recibió espléndidamente. Ricos y pobres, todos á porfía, se apresuraron á recibir y festejar dignamente á los Príncipes, adornando las calles y los balcones, en donde se veian numerosos retratos de los nuevos Soberanos, ó sus iniciales, así como de los Emperadores de los franceses, todos entre coronas de laurel y rosas; los pabellones de Méjico y Francia, Austria y Bélgica; arcos de triunfo é inscripciones. Hubo fuegos artificiales, arengas, vivas, *Te Deum*, fiestas públicas y bailes, celebrándose con gran pompa por las autoridades y la poblacion el cumpleaños de la emperatriz Carlota, que es el siete de Junio. La ciudad de Puebla, que habia vivido tanto tiempo entre el estruendo del cañon, olvidaba en aquellos dias esos horrores, cubriendo con flores aquella bella ciudad y haciendo resonar sus gritos de alegría y entusiasmo.

Recibimiento á los Emperadores en la capital del imperio.

»El doce de Junio se verificó la entrada de SS. MM. en la capital. Sus doscientos mil habitantes, con pocas excepciones, se habian puesto en movimiento mucho tiempo ántes, para hacer los preparativos dignos de un pueblo que con sus corazones habia levantado un trono, en que se veia el término de las desgracias y el principio de la concordia y de la prosperidad. El once doscientos carruajes con señoras, y quinientas personas á caballo salieron de la capital, llenos de entusiasmo, á encontrar á SS. MM., situándose en el llano de Aragon, por donde los Emperadores debian pasar para ir á la villa de Guadalupe á orar ante la Patrona de Méjico, ántes de hacer su entrada en la capital. Luégo que SS. MM. llegaron á Aragon, las damas y caballeros, pié á tierra, se apiñaron en su rededor, cubriéndolas de flores y de una lluvia de oro y plata, aclamándolas con frenesí; una comision de señoras y caballeros felicitaron á SS. MM. en nombre de los habitantes de la capital, nacionales y extranjeros. La gente de á pié, que era numerosísima, llevaba banderas imperiales. Al ver SS. MM. en derredor suyo á todo lo que Méjico encerraba de distinguido, aclamándolas en aquella llanura con frenético entusiasmo, dieron testimonio de que la Asamblea de Notables habia sido intérprete de la voluntad nacional. La emocion se apoderó de los Príncipes al recibir los votos de gracias que las señoras presentaban á la Emperatriz y los caballeros al Emperador. Allí arengó á SS. MM. el Sr. Cuevas, respetable y entendido hombre de Estado, que ya cercano al sepulcro pulsó la lira por última vez para celebrar en el nuevo monarca,

El don de gobernar, que es don tan raro.

»Despues de las arengas y aclamaciones, continuaron Sus Majestades á la villa de Guadalupe, seguidas de todas las señoras y caballeros y del general Almonte, en donde fueron recibidas por los Arzobispos y Obispos, altos funcionarios y autoridades municipales, así como por los Sres. Ministro de Francia, general Bazaine y otros jefes franceses. El Arzobispo entonó el *Domine, salvum fac Imperatorem*, despues de lo cual arengó el Ayuntamiento.

»El domingo doce hicieron su entrada en la capital del imperio los jóvenes Soberanos. El que conozca la amenidad de los países meridionales, la hermosura de aquel cielo, aquel ambiente delicioso de la primavera de Méjico, comprenderá mejor el aspecto que ofrecia aquella poblacion, animada de la alegría más pura y de los sentimientos de gratitud hácia los Príncipes en quienes se fundaban tantas esperanzas. No solamente la poblacion de Méjico, sino multitud de gente de las provincias y millares de indios, habian venido á presenciar aquella magnífica entrada, tan grande y tan espléndida, más que por el lujo de los adornos, por el entusiasmo que reinaba, mayor aún, dicen los ancianos, que el que encontró Iturbide, el glorioso libertador de Méjico. Las flores y los cortinajes, los retratos de los Príncipes y las banderas mejicana y francesa habian llenado el tránsito de Sus Majestades, que avanzaban á paso lento, cubiertos de las lluvias no interrumpidas de flores y de oro y plata, y de las bendiciones y frenético entusiasmo de un pueblo que les miraba como sus redentores. En toda la carrera se levantaban arcos de triunfo gigantescos, dedicados unos á la paz, otros al Emperador, otros costeados por las provincias, y en ellos se veian, ya los bustos de los Emperadores de Méjico y de Francia; ya los nombres de los que contribuyeron á fundar el imperio, con inscripciones y versos tiernísimos, intérpretes todos de la delicadeza de los sentimientos que los inspiraban. Los poetas todos compusieron tiernas poesías celebrando la regeneracion del país y las prendas de los Soberanos. . . . . .

»..... Los Emperadores no ocultaban lo conmovidos que estaban, al ver aquellos millares de semblantes en que estaban pintadas la buena fé y la adhesion juntamente con el regocijo y la esperanza, de cuya actitud darian sin duda gracias al Altísimo al entrar en la magnífica catedral, donde el Arzobispo entonó el *Te Deum* en medio de un concurso

escogido. Luego fueron SS. MM. á pié hasta palacio. Allí, entre multitud de felicitaciones, quiso leer el general Mejía un discurso en nombre de la órden de Guadalupe, y el mismo hombre, tan terrible en la pelea, y que ha sabido morir como un héroe, no pudo articular palabra, embargado como estaba por el entusiasmo!..... El Prefecto municipal entregó á S. M. las llaves de la ciudad. Imposible es concluir sin dejar de notar que en estas fiestas, que son sin duda las más notables que ha visto la generacion presente de Méjico, reinó el órden mas completo; que nadie prorumpió en gritos de venganza contra los vencidos. Las pocas familias que no se asociaron á esta alegría no fueron molestadas, y la ausencia de adornos en sus casas prueba la libertad en que se dejó á la exigua minoría que no simpatizaba con el imperio. Este era ya una verdad á los ojos de sus enemigos, los cuales, vencidos más aún por ese entusiasmo de que sus ojos y sus oidos daban testimonio, pedian solo que se les dejase tranquilos, pues creian, como nosotros, que la república y sus desórdenes quedaban sepultados en ese dia!..... ¡Por qué no ha sido así, Santo Dios!»

Entusiasmo de los indios.-Su causa.

Ninguna de las clases de la sociedad recibió al Emperador con más entusiasmo que los indios; creian que su Gobierno pondria término á la tiranía á que estaban sujetos, á pesar de ser ciudadanos en el pleno ejercicio de sus derechos; que no volverian á ser arrancados de sus chozas miserables, y llevados amarrados y á palos para servir en nombre de la libertad, á la ignoble ambicion de algun faccioso, tal vez fugado del presidio, convertido en general aspirante á la dictadura.

Las tradiciones, y en no pocos los recuerdos de la paternal legislacion española, fueron las que hicieron que los indios recibieran con entusiasmo tan grande á Maximiliano, y no la profecía, referida por un diputado y escuchada con tanto candor en las Cámaras de Francia, de *que iria á libertarlos un hombre blanco, de azules ojos y rubia barba;* cuyo hombre blanco creian que era Maximiliano. El narrador de

la profecía confundió las épocas: el historiador Prescott, en su notabilísima obra *La Conquista de Méjico*, dice que «Quetzalcoatl, dios del aire, que habia enseñado á los naturales del país el uso de los metales en la agricultura....., incurrió en la cólera de uno de los dioses principales, y se vió obligado á abandonar al país..... Los mejicanos esperaban la vuelta de la benévola deidad, y esta notable tradicion preparó el camino para el éxito futuro de los españoles.» Pero Quetzalcoatl parece que tenia la barba y el pelo negros, como Hernan Cortés.

Desconfianza de los conservadores. — Opinion del Padre Miranda sobre Maximiliano.

Algunas frases del Emperador dirigidas en Puebla á varios liberales republicanos, respecto de libertad de cultos y frailes; el no ver la cruz sobre la corona del escudo de armas, el no titularse emperador por la gracia de Dios, y el haber dejado su primer nombre, tan español, infundieron desconfianza á muchos de los conservadores de más importancia, á quienes, con su profundo conocimiento de los hombres, les habia manifestado el P. Miranda cuando volvió de Miramar, *que se habia errado en la eleccion para soberano; que habia quedado muy descontento de la conversacion que tuvo en Miramar con S. M., que le habia parecido hombre de carácter ligero.*

Pone en práctica el programa de Tullerías.—Sus proyectos de ambicion.-Sus ministros.

Apénas habia llegado Maximiliano á la capital empezó á poner en práctica el programa acordado en Tullerías, que tan bien servia á sus ambiciosos proyectos: el trono de Méjico no era para S. M. mas que el teatro de su estreno, en que se proponia dar á conocer á la Alemania ultraliberal que él era un soberano demócrata, como si monarquía y democracia pudieran existir juntas. ¡Monarquía democrática! Vana teoría, buena solamente para alucinar á algunos inocentes, que sirven de escabel á los que la proclaman sin creer en ella, en general déspotas, y á veces tiranos disfrazados; teoría en que, por nuestras conversaciones con S. M. en Miramar, sabemos que no creia Maximiliano, quien, para realizar sus proyectos, hacia que se publicaran en Alemania y en Francia todos los decretos que expedia S. M., y con ala-